

TAMAMES, RAMÓN La mitad del mundo que fue de España. Espasa, Barcelona 2021.

Un comentario marginal.

Fernando Lolas Stepke¹

Ramón Tamames nació en 1933. En 1956 se afilió al Partido Comunista Español, que abandonó en 1981 para formar la Federación Progresista en 1984 y contribuir a la creación de Izquierda Unida en 1986, la cual luego abandonó. Ha participado en distintas funciones políticas y ha destacado por una vasta producción intelectual que incluye artículos de periódico, libros y ensayos. Miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas desde 2012, es profesor en la Universidad Autónoma de Madrid y en la Universidad de Málaga.

En su amena relación de lo que fue el Imperio Hispánico a partir del Tratado de Tordesillas de 1494. España y Portugal, en los albores de la Edad de los Descubrimientos, se repartieron el mundo y aquí se presenta una visión nostálgica pero optimista de lo que fue la potencia hispánica. Abundante en informaciones, rica en semblanzas, es lectura obligada para quienes deseen reflexionar sobre lo que han sido los imperios y, en especial, sobre las características de lo que podría llamarse la *“Iberósfera”*: Término éste que, sin gozar de fortuna actual, serviría para recapitular con orgullo un pasado que hoy se torna relevante y que pocos conocen. No deja de percibirse la autocrítica de alguien que examina su nación para substraerla a la autoflagelación que le impone una suerte de paradójica reivindicación y revisionismo que merece crítica y examen.

En un ensayo que mereció el Premio Municipal de Ensayo en 1974, preguntándome sobre qué es eso de la *“Americanidad”* reconocía yo que el complejo Estado Español, en su forma de Imperio y confederación de naciones, había sido factor civilizatorio. Más clemente que otros imperios con relación a los pueblos sojuzgados por la palabra y la espada, su huella persiste en el espíritu de las naciones y la historia - que es siempre invención del pasado – se hace ciencia del recuerdo cuando se comparte.

Este libro me recordó tantos otros que en similar talante se hacen cargo de una historia digna de ser contada. No solamente *“Idea de la Hispanidad”*, de Manuel García Morente, o *“España y el problema de Europa”* de Juan Beneyto. También los *“Rincones de la historia”*, de Manuel Maura Gámazo o *“Figuras imperiales”*, de Ballesteros Beretta, y el inolvidable *“En torno al casticismo”* de Miguel de Unamuno. Muchos autores no españoles, como W.T. Walsh, W.B. Merriman y otros que cita Tamames se hicieron cargo de la construcción civilizatoria que significó la hegemonía española de Trastámaras, Austrias y Borbones en el mundo. Eché en falta la mención de Baltazar Gracián, para quien Fernando el Católico fue el gran rey, ejemplo para sucesores y modelo del político señalador de rumbos.

No es posible resumir la variedad y abundancia de los ejemplos, el elogio de adelantados, marinos y conquistadores, las noticias sobre lo que fue el *“Spanish Lake”*, el Pacífico que Sarmiento de Gamboa, al intentar fortificar el Estrecho de Magallanes, quiso proteger de la voracidad de

¹ Miembro de Número, Academia Chilena de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española. Miembro Honorario de la Academia Chilena de Medicina y de la Academia Nacional Mexicana de Bioética. Miembro de Número, Instituto de Conmemoración Histórica de Chile y Miembro de Honor de la Sociedad Española de Medicina Psicosomática

corsarios y navegantes ingleses y holandeses. Sin embargo, pueden destacarse algunos puntos de singular relevancia para una meditación de la Conquista.

Por ejemplo, la preocupación de las autoridades españolas por la cultura y el bienestar espiritual de sus súbditos de ultramar. Ningún otro imperio fundó tantas casas de estudio, colegios y universidades, como la monarquía hispánica. En el acápite destinado a esta faceta de la acción estatal se brinda una somera perspectiva sobre las universidades que florecieron en Iberoamérica y en Filipinas, de las cuales perviven algunas, como la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de Lima, la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina y –digámoslo con un adarme de menor crítica- la universidad que en 1622 fundó la Orden de Predicadores en Santiago de Chile, reemplazada en el siglo XVIII por la Real Universidad de San Felipe. De las últimas no hay mención en el recuento de Tamames; más para esta “fértil provincia en las costas del Nuevo Mar del Sur llamado”, en palabras de Alonso de Ercilla, de gran importancia.

Parece el olvido enseñorearse de intereses espurios, cuya motivación bien indagada quizá atenuara esa autoflagelación de que el autor se hace cargo. Importante resulta saber que la Constitución de Cádiz de 1812, la “Pepa”, en su artículo primero reconocía que se aplicaba a los españoles de uno y otro lado del Pacífico. Los peninsulares y los americanos tuvieron voz en su formulación, a diferencia de lo que ocurría en el Imperio Británico, cuyas colonias no tenían representantes en el Parlamento. Fue la base de la rebelión basada en la idea de “no representación no impuestos” que engendró la guerra de independencia de las trece colonias en la América del Norte. A la cual, dicho sin ambages, contribuyó España en forma importante, como lo reconocieron algunos de sus prohombres. Paradójico resulta recordar que más de dos tercios del actual Imperio del Norte en el continente americano pertenecieron a la Corona Española en algún momento de la historia. Y que para 1848, en esa guerra que quitó al México ya independiente tanto territorio, la huella de lo hispánico aún estaba y sigue estando viva. No solamente en la toponimia, también en la memoria. Bueno es recordar a Sánchez Estrada, a Aranda y a Campomanes, cuyos consejos y advertencias, de haberse seguido, quizá hubieran cambiado el curso de la historia. Manteniendo, como podría haber sido, la unidad de destino que la invasión napoleónica de la Península vino a perturbar y que la restauración borbónica de Fernando VII y el retorno de un absolutismo irreflexivo consolidó.

Ninguna nación carece de enemigos y las constantes guerras, con sus pérdidas y concesiones, desquiciaron el proyecto imperial. Basta recordar la historia de los movimientos emancipatorios y las influencias, explícitas o implícitas, sobre sus gestores para percibir la acción desintegradora de ideologías e intereses anticatólicos y antiespañoles. La “leyenda negra” aprendida y repetida, los panegíricos a la libertad y la autodeterminación de pueblos que abandonando el Imperio se sumieron en anarquías, los constantes afanes de medrar y controlar de los “libertadores” recuerdan que toda revolución termina devorando a sus hijos. Aún nos preguntamos qué pasó en la entrevista de Guayaquil de 1822, tras la cual San Martín se retiró a su exilio francés y dejó a Bolívar líder indiscutido de la gesta emancipatoria. La ficción de Borges, “Guayaquil”, sugiere pero no ilumina. Todavía es válida la distinción de Ortega y Gasset: una rebelión “corrige abusos”, una revolución “cambia usos”. Raramente los contemporáneos son conscientes de las crisis (momentos de decisión) que sólo la “historia efectiva” (la *Wirkungsgeschichte*) convierte en hechos dignos de rememoración.

Y ya sabemos: la memoria es maleable, los “éxitos” se declaran tales cuando sirven a la contemporaneidad triunfante. Es vano reconstruir, aun haciendo justicia, pues se requiere distinguir entre aquello que impulsa (*vis a tergo*) y aquello que atrae (*vis a fronte*) para discernir qué pudo ser, qué pudo no ocurrir y que debería haber ocurrido. Las “filosofías de la historia” suelen consistir en discernir finalidades o inventar destinos.

La lectura de esta obra es ineludible para quienes deseen entender el presente. Tal vez sean felices los pueblos sin historia. Pero no deben ser la felicidad ni la autocomplacencia antídotos contra la ignorancia. Pues entre las claves del buen vivir se cuenta, sin duda, el saber hacer de la tradición (e incluso del prejuicio) las bases de la propia identidad y de la comprensión. Al menos así lo dice Gadamer cuando funda la hermenéutica en el arte de interrogar, que siempre es preguntar al pasado.